

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR DON ENRIQUE
FUENTES QUINTANA, PRESIDENTE DE LA REAL
ACADEMIA, EN EL ACTO DE HOMENAJE
AL ACADÉMICO MANUEL SALES Y FERRÉ
CELEBRADO CON MOTIVO DE LA EXPOSICIÓN
DEDICADA A SU OBRA Y A SU ÉPOCA**

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de la Universidad Complutense de Madrid, Señor Representante de la Generalitat de Catalunya, Señor Alcalde de Ulledecona, Señores Académicos, Señoras y Señores:

Este acto que hoy celebramos en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas culmina la conmemoración histórica de un acontecimiento singular: el centenario de la creación de la primera cátedra de Sociología en la Universidad española. Fue en el curso 1898-1899 cuando se inicia el proceso de enseñanza de la Sociología, incorporada como una asignatura más de las cursadas en los estudios de Filosofía y Letras de la Universidad Central (actual Complutense de Madrid). El largo proceso histórico que marca el siglo que nos separa de esa fecha creadora de la institucionalización de la Sociología en la Universidad Central nos ha llevado hasta la situación presente, en la que la Sociología no es ya una asignatura de una Facultad, sino que ocupa el espacio universitario de una Facultad entera, con la extensión que supone la existencia de varias facultades en el país. Esa amplia institucionalización de la Sociología en la España actual es la que fundamenta el ejercicio de una profesión numerosa encargada de ofrecer estudios y análisis que cuentan con una demanda potente y extensa: privada, social y política. Es este brillante presente de la Sociología en España el que justifica mirar atrás y tratar de conocer las circunstancias que favorecieron la oportunidad de su institucionalización y los intérpretes de ésta, quienes hace un siglo creyeron en la Sociología y la abrieron las puertas de la Universidad española.

Ese proceso histórico de la aparición de la primera cátedra de Sociología en España no fue corto ni sorprendente, y contó con unos protagonistas destacados. Precisamente es esa referencia al lento y fundado proceso de la institucionalización de los estudios de Sociología y las personalidades que animaron ese proceso en nuestra Universidad el que legitima y obliga —al mismo tiempo— a la intervención de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en este acto. Porque ese nacimiento y estudio inicial de la Sociología en España tuvo en esta Casa

su hogar principal. A la Academia llegaron las obras principales de las que debería partir el conocimiento de los principios fundamentales de la nueva ciencia de la Sociología, se expusieron en ella y discutieron los métodos a que debería responder su estudio y sus análisis, y a ella pertenecieron los principales intérpretes dedicados a su estudio. Entre esos intérpretes figuraba Manuel Sales y Ferré que ingresaría en la Corporación en 1907, contando con el poderoso aval de tres Académicos destacados, cultivadores de la nueva disciplina: Gumersindo de Azcárate, un líder del krausismo que había ingresado en la Real Academia ocupándose, precisamente, del concepto y la fundamentación de la Sociología; Eduardo Sanz y Escartín, que se aproximaría a la Sociología como principal representante de la orientación católica, y que desempeñaba en aquel momento el cargo de Secretario de la Corporación; y José Piernas Hurtado, destacado economista y notable hacendista, buen conocedor de la naciente Sociología española. No puede extrañar que, con esos avales, Manuel Sales y Ferré ingresara en la Real Academia con el acuerdo de cuantos la integraban.

Referir y evaluar el proceso que hizo posible y legitimó la institucionalización de la Sociología en las enseñanzas universitarias en España constituye el primer deber que desearía cumplir con mis palabras en este acto.

En segundo lugar, esa cátedra de Sociología tuvo un catedrático titular: el que era profesor de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, y que sería Académico posteriormente de esta Casa, Manuel Sales y Ferré, que concursó y obtuvo la cátedra por decisión unánime de la comisión que juzgó el concurso convocado al efecto.

¿Qué circunstancias rodearon a este concurso y cómo se resolvió a favor de Sales y Ferré? Contestar a estas preguntas será el propósito de la segunda parte de mi intervención.

Finalmente –y en tercer lugar– podemos preguntarnos ¿quién era Sales y Ferré, sociólogo, catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla, y Académico que llegaba a la nueva cátedra de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central? ¿cómo se sitúa su obra en el pensamiento sociológico español? Son éstas dos preguntas obligadas y de difícil respuesta. Porque es el caso que Manuel Sales y Ferré y su extensa obra son poco conocidos a pesar de sus estudios y enseñanzas pioneros en el campo sociológico teórico y aplicado. Por ello, contribuir a generalizar el conocimiento de la figura de Sales y Ferré y atraer al estudio crítico de su pensamiento a los jóvenes y competentes sociólogos actuales y obtener una evaluación crítica precisa de sus aportaciones, que amplíen las pocas

con las que hoy contamos para aproximarnos al conocimiento de su vida y de su obra, debiera constituir un propósito fundamental de la celebración del centenario de su cátedra: atraer a ese mayor y mejor conocimiento de Sales y Ferré, situando su obra dentro del pensamiento sociológico español, tratan de servir dos proyectos largamente madurados y hoy concluidos que presentamos en este acto a cuantos se interesan por el origen de los estudios de Sociología en España.

El primero de estos proyectos, hoy convertido en realidad, es el ensayo del profesor Manuel Núñez Encabo, *El nacimiento de la Sociología en España: Manuel Sales y Ferré*. Una obra con historia, pues su origen se halla en la tesis doctoral del profesor Núñez Encabo: *Manuel Sales y Ferré: los orígenes de la Sociología en España*, editada por Cuadernos para el Diálogo hace ahora veintitrés años. Una obra dedicada a seguir la vida y glosar la obra de Manuel Sales y Ferré que constituyó un valioso estudio de obligada referencia (casi única) y al que habían podido acudir nuestros estudiantes de Sociología y otros universitarios que deseaban conocer la vida y la obra de este sociólogo español. El interés de este ensayo (y el transcurso de un plazo de veintitrés años desde su primera edición) lo hacían inencontrable. La Universidad Complutense consideró obligado comparecer en la celebración del 100 aniversario de la cátedra de Sociología, y de su desempeño por Manuel Sales y Ferré, con una publicación que permitiera conocer a los universitarios y a los estudiantes de Sociología de hoy no sólo la figura de Sales y Ferré, sino su presencia en la etapa creadora de la nueva disciplina en España. El profesor Núñez Encabo recibió el encargo de la Universidad Complutense de realizar una puesta al día de su obra, propuesta que él acogió con gran satisfacción, y trabajando con diligencia, pudo poner en nuestras manos su vieja monografía actualizada y ampliada que ha editado la Universidad Complutense. La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas desearía dejar constancia expresa del agradecimiento al profesor Núñez Encabo por su trabajo y al Rector de la Universidad Complutense por su presencia en esta sesión que hoy celebramos como recuerdo y con motivo de la creación de la primera cátedra de Sociología que desempeñará el profesor Sales y Ferré. Esta doble presencia de las dos instituciones en que se desarrollaron la enseñanza y los trabajos de Manuel Sales y Ferré son las que dan un grato sentido académico y universitario a esta celebración.

Por otra parte, la Real Academia ha organizado una exposición sobre Sales y Ferré y su época, en la que hemos puesto el mayor interés porque creíamos –y creemos– que servir al conocimiento general de cómo la Sociología aparece en España, situando la vida y obra de Sales y Ferré en la España de su época, constituirá un proyecto de interés al servicio de motivar la realización de nuevos estudios que clarifiquen ese proceso de creación de nuestro pensamiento sociológico. Un

conocimiento mayor y mejor que se ha hecho posible con nuestra exposición, orientada por los profesores Núñez Encabo y Rodríguez Ibáñez, nombrados comisionarios de la misma.

* * *

A la pregunta de cómo se institucionalizó, por vez primera, la enseñanza de la Sociología en España, existe una respuesta lacónica y cierta: porque así lo dispuso el Real Decreto-Ley de 30 de septiembre de 1898, que aprobaba un nuevo plan de enseñanza en la Facultad de Filosofía y Letras que incluía a la Sociología como una nueva asignatura con una cátedra independiente. Esa respuesta, sin embargo, no transmite el ambiente que fundamentó e hizo posible –casi imperativa– esta llegada de la Sociología a la Universidad española.

A este ambiente se ha referido el profesor Núñez Encabo al constatar y probar cómo la Sociología se había convertido, en la España de las últimas décadas del pasado siglo, en un tema de moda en conferencias y publicaciones de todo tipo. Por otra parte, y según se ha indicado anteriormente, el repaso en los *Anales* de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas permite comprobar –en afirmación cierta del actual Secretario de la Real Academia– «el importantísimo papel interpretado por nuestra Corporación en ese nacimiento de la Sociología española, hasta convertir a la Academia en la principal casa solariega de la nueva disciplina».

Tras esta omnipresencia de la Sociología en la vida intelectual y académica en nuestro país estuvo el objetivo de esa nueva ciencia social, a la que Auguste Comte calificó como Sociología porque, si sus objetos directos de conocimiento eran –como se la definía en la época– el hombre en sí y el estado de la sociedad en la que vive o, cómo escribía Urbano González Serrano, el «individuo y el medio que le rodea», era evidente que la sociedad española de finales del siglo XIX registraba la presencia de cambios transcendentales en el ambiente social que obligaban a mirar a la Sociología para su debida interpretación.

Esos cambios sociales que impulsaban los estudios de Sociología eran, fundamentalmente, tres.

En primer lugar, la aparición en todas las sociedades de la *cuestión social*, manifestada en una tensión evidente y extraordinaria en las relaciones laborales entre patronos y trabajadores, que demandaba reformas profundas en la ordenación de las relaciones laborales, que se manifestarían inicialmente en dos direcciones distintas: regular, en primer término, las condiciones de trabajo de mujeres y

niños, el descanso dominical y la duración de la jornada laboral. La segunda línea reformadora planteada por la *cuestión social* fue la aparición de la seguridad social, que afrontaba las situaciones de necesidad que podían plantear a los trabajadores su *edad* (pensiones de jubilación), la *salud* (seguro de accidentes de trabajo) y el *paro* y las dificultades de empleo que se habían manifestado como acompañantes inevitables del desarrollo del capitalismo industrial en todas las economías.

En segundo lugar, aparecerán también en esa época los primeros estudios sobre las *situaciones de pobreza* que, dotados de un aparato estadístico y de un análisis modernizado, dieron a conocer las dimensiones y las causas que la producían. Los primeros análisis estadísticos que se realizaron probaban que el desarrollo económico que habían registrado los países que vivieron la revolución industrial, que lograban su progreso económico y que permitieron mejorar el nivel de vida de la sociedad no se extendía a toda la población, sino que convivía con situaciones de pobreza extrema que reclamaban su conocimiento y la adopción de nuevas medidas que no figuraban en la política económica dominante: la liberal inspirada por la economía clásica. Los análisis pioneros de Charles Booth en Gran Bretaña sobre la situación de los trabajadores en Londres probaban que el 30 % de la población trabajadora vivía en situaciones de pobreza extrema, lo que reclamaba su conocimiento general y el despliegue de una política social para afrontar esas situaciones.

Finalmente, a partir de 1873, se iniciará la que se llamó *la larga crisis económica*, que se extiende hasta 1898 y que llega a España a partir de 1885, año en el que se registra la gran crisis agraria del cereal, que afectaría a las grandes zonas de Aragón, las dos Castillas, Extremadura y Andalucía, y que traducía sus efectos sobre la producción industrial y los servicios del país, provocando así un empobrecimiento cuya dimensión y problemas reclamaban la atención de la Economía y la Sociología para su conocimiento, y la adopción de las políticas económicas y sociales precisas para tratar de reducir sus consecuencias sobre el bienestar de la sociedad.

Estos tres problemas —*cuestión social, pobreza y crisis económica*— constituían un cambio social profundo, planteando graves problemas que era preciso diagnosticar y resolver, articulando una nueva política económica y una política social que precisaba la disponibilidad de los análisis económicos y sociológicos para tratar de entender los retos de esos problemas a la paz social y política de los distintos países. Sería esa demanda social y política de los estudios y análisis de la sociedad la que daría su motivación profunda a la iniciación de los estudios de Sociología en España. Estudios que realizarían, desde posiciones distintas, el pen-

samiento krausista y el reformismo católico, dando así lugar a la existencia de un doble origen en la aparición de la Sociología española.

Quizá el mejor testimonio de la necesidad de conocer la situación social española y definir una política social que abordase estos problemas lo constituya la creación, en 1883, de la Comisión de Reformas Sociales, en la que trabajarían con entusiasmo destacados representantes de las dos ramas de la Sociología española, ya que, en efecto, la Comisión de Reformas Sociales estaría presidida inicialmente por Cánovas del Castillo (pensamiento católico) con Azcárate (pensamiento krausista) como Secretario de la entidad. La Comisión de Reformas Sociales realizaría la magna encuesta sobre las condiciones de los trabajadores en España dirigida por Azcárate, que permitió conocer la dirección en que deberían encauzarse los intentos de solución de estos problemas. La publicación del Informe de la Comisión ofreció una base para conocer, de forma directa, los cambios producidos en el estado de la sociedad en el que los españoles vivían. Esa labor de la Comisión de Reformas Sociales no se quedó sólo en el conocimiento de la realidad social española. Se completaría con los informes de la Comisión sobre política social y sus propuestas de las medidas de reforma del mercado de trabajo y la posible instauración de la seguridad social. Informes que inspirarían las disposiciones legislativas iniciadas por Cánovas del Castillo y que llevaría a la práctica Eduardo Dato. Fue precisamente Dato quien transforma la Comisión de Reformas Sociales en el Instituto de Reformas Sociales, nombrando presidente a Azcárate y directores de sus dos secciones (legislación y jurisprudencia por una parte, y economía y estadística por otra) a dos profesores del «Grupo de Oviedo» cuya constitución tanto debía a Giner de los Ríos. Estos dos catedráticos serían Adolfo Posada y Adolfo Álvarez Buylla. Ambos, con la magistral dirección de Azcárate, realizarían un trabajo admirable para inspirar y orientar las deseadas reformas sociales que precisaba la España de la época.

No puede extrañar, en consecuencia, que ese ambiente académico y político facilitara la institucionalización de las enseñanzas de Sociología convirtiéndolas en un objetivo inaplazable. Por otra parte, las circunstancias políticas eran favorables a esa institucionalización en 1898. En ese año gobernaba el país el Partido Liberal, con Sagasta como Jefe del Gobierno y Romero Girón como Ministro de Fomento, desempeñando el cargo de Director General de Instrucción Pública el Académico Vicente Santamaría de Paredes, cuya vocación y dedicación a los problemas sociales, que constituían los temas sociológicos, mostraba con toda claridad el repaso de su *curriculum vitae*. Todas esas circunstancias hacían que el nacimiento de la primera cátedra de Sociología estuviera prácticamente decidido. El problema era el de en qué licenciatura deberían seguirse los estudios de Sociolo-

gía. La opción estaba entre las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, una opción que se había planteado ya en el pasado con la enseñanza de la Economía Política, que se había practicado en las dos facultades, y que se resolvió en aquella oportunidad por el Plan Moyano adjudicando esa enseñanza a las facultades de Derecho. En el caso de la Sociología, también las facultades de Derecho quisieron disputar sus enseñanzas a las facultades de Filosofía y Letras. Con este propósito, las facultades de Derecho pasaron a denominarse facultades de Derecho y Ciencias Sociales y se pidió para ellas la creación de una cátedra de Sociología que habría de proveerse. Sin embargo, esa propuesta se abandonó desde las propias facultades de Derecho, porque se negó esta posibilidad al manifestar un núcleo importante de juristas su desconfianza del sentido positivista y materialista que estaba tomando —en su opinión— la Sociología. Fue así como la Sociología tuvo en España su primera cátedra en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Cuando esta decisión se tomaba, no existían cátedras autónomas de Sociología ni en Francia ni en Alemania ni el Reino Unido, lo que probaba el sentido de innovación de esa decisión de la política educativa española.

* * *

Dotada la cátedra de Sociología, cuyo centenario celebramos, la Dirección General de Instrucción Pública decidió cubrirla por un concurso especial al que podían concurrir los catedráticos de Metafísica e Historia, decisión que se justificaba en la convocatoria de la siguiente manera: «se ha convocado a los catedráticos de Historia y Metafísica, es decir, de aquellas enseñanzas que por un sentido fundamental mejor preparan para el estudio de la Sociología, ciencia filosófico-histórica que encuentra en la Metafísica la razón y las leyes de las colectividades humanas y aprende de la Historia la evolución de esos organismos. El filósofo e historiador son sociólogos o, por lo menos, están en la actitud de serlo, y solo necesitan para alcanzar ese título con absoluta propiedad dar cumplimiento y desarrollo a los estudios que cultivan». Además de esa justificación para limitar el acceso al concurso, se añadía en la convocatoria que «la elección ha de hacerse atendiendo a los esfuerzos que hayan realizado los candidatos en esa dirección, a través de los trabajos especiales sobre materia social, así como la competencia demostrada en esta nueva rama del saber humano fuera de los límites en que concluyen las asignaturas que explican, y de aquí que la convocatoria disponga que debe declararse la preferencia de aquel que haya publicado libros sobre la nueva asignatura o hecho estudios sociológicos de notoriedad e importancia».

A esa convocatoria de la nueva cátedra de Sociología concurrieron, finalmente, siete catedráticos: cuatro de Metafísica y tres historiadores. Sales y Ferré

figuraba entre estos últimos, contando con una dedicación a la enseñanza y a la investigación de temas históricos como probaban sus publicaciones. Sin embargo, parece claro que la estrategia seguida por Manuel Sales y Ferré para concurrir a la cátedra residió en avanzar en la realización de obras específicas de Sociología, cuya presentación estimaba decisiva la convocatoria. Esas obras de Manuel Sales y Ferré eran: *Estudios de Sociología. Evolución social y política* (1.^a parte, Madrid, 1889) y el *Tratado de Sociología. Evolución social y política* (2.^a parte, 3 vols. editados en 1894, 1895 y 1897).

Sales y Ferré no se había equivocado. El dictamen de resolución por el que la Comisión Permanente, presidida por Santamaría de Paredes, debía proponer el catedrático de Sociología se inclinó hacia Sales por este motivo, es decir, por los méritos científicos, estudios y publicaciones sociológicas, destacando especialmente su *Tratado de Sociología*. Por otra parte, la Comisión resaltaba como justificación de su propuesta el hecho de que Sales presentaba las doce conferencias sobre los temas de Sociología que se habían explicado por él en el Ateneo de Sevilla y en el de Madrid con brillantez indudable. En especial, la Comisión acentuaba la importancia de las conferencias celebradas en el Ateneo de Madrid que, como destacaba su Secretario, constituían un curso breve y una exposición sintética y rigurosa encaminada a fijar el objetivo propio de la Sociología y los principales capítulos de la nueva ciencia. En todo caso, el *Tratado de Sociología* constituía, para la Comisión, una obra metódica y completa. En consecuencia, la Comisión consideraba de estricta justicia proponer a Don Manuel Sales y Ferré, profesor de Historia Universal en la Universidad de Sevilla, para la cátedra de Sociología que se creaba en la Universidad Central de Filosofía y Letras. Una decisión que llevaba la fecha de 20 de febrero de 1899. Una Real Orden de 27 de febrero de 1899 sancionaba el dictamen de la Comisión y nombraba a Sales y Ferré catedrático de la primera cátedra de Sociología en la Universidad española. Diez días después, el 9 de marzo de 1899, Sales y Ferré tomará posesión de la cátedra, trasladando su domicilio a Madrid, donde va a continuar su carrera universitaria atendiendo a la enseñanza y la investigación de la nueva disciplina.

* * *

Me he referido hasta aquí al centenario del acontecimiento que celebramos: la creación de la primera cátedra de Sociología en la Universidad española. Quisiera dedicar esta tercera y última parte de mi intervención —como antes indiqué— a referirme a la personalidad de Manuel Sales y Ferré, convertido en el titular de esa cátedra de Sociología. ¿Quién fue, qué rasgos caracterizaron su vida intelectual, cuál fue el itinerario seguido por sus estudios e investigaciones, cuáles los

escenarios en los que discurrió su vida, cuáles, en fin, las razones de que su obra haya sido más ignorada que conocida? Pienso que para dar una respuesta a este conjunto de preguntas contamos con un medio excepcional: la exposición que la Real Academia inaugura esta tarde sobre «El nacimiento de la Sociología en España (1870-1910): Manuel Sales y Ferré (1843-1910)», una exposición que ha contado con dos guías extraordinarios, a los que antes me referí: los profesores Núñez Encabo y Rodríguez Ibáñez, que conducen a quien desee conocer el itinerario vital de Sales y Ferré y su perfil como profesor e investigador de la Sociología con una maestría pedagógica de la que quisiera aprovecharme para referir los episodios básicos de nuestro primer sociólogo oficial, encuadrando su obra, como lo hace la exposición de la Real Academia, en el desarrollo de la Sociología en España.

El recorrido de la exposición sobre la vida y la obra de Sales y Ferré la inician nuestros guías, preguntándose y tratando de responder a cómo llega el pensamiento sociológico a la España que vivió, y en qué direcciones se orientaron los investigadores españoles sobre la materia.

El principio del cultivo de una ciencia en un país debe iniciarse siempre por establecer una corriente internacional del pensamiento disponible en la misma, en este caso, de la Sociología. Sólo con esa condición puede evitarse el peligro de que el cultivo de una nueva ciencia en el país que lo intente tenga un carácter autárquico y estéril. No cayeron en este error quienes se acercaron a la Sociología en la España del siglo xix. El profesor Arboleya, en su excelente ensayo sobre la *Historia de los estudios de la Sociología en España*, subraya que su origen debe buscarse en una puesta al día del pensamiento sociológico disponible en aquel momento, que se trató de difundir con ediciones españolas de las obras principales. Como ha afirmado el profesor Arboleya: «en un plazo de veinticinco años, situado a caballo en las décadas finales del siglo xix y la primera del xx, se vierte al español toda la literatura importante en ciencias históricas y sociales. Las traducciones no fueron buenas, pero comprendían a todas las obras principales de la época desde Spencer a Giddings y Ward, pasando por autores incluso de segunda fila. Para la cultura nacional ésta fue la segunda gran escuela de traductores que llegará a su perfección más tarde con la biblioteca de la Revista de Occidente».

El cultivo de la Sociología iba a orientarse en España en diversas direcciones. *Direcciones*, en plural –se afirma–, porque no fue una sola, como se ha afirmado en alguna oportunidad. El profesor Salustiano del Campo recoge, a este respecto, la opinión de Pierre Jovit: «El krausismo fue verdaderamente en España el iniciador de los estudios sociológicos. En este ámbito ha reinado casi solo durante muchos años. Por ello, hacer la historia del krausismo español es hacer también la

del pensamiento sociológico español, al menos hasta cierto momento». Esta afirmación, que se ha tenido como un axioma indiscutible –concluye el profesor del Campo–, no responde a la verdad. En efecto, y como subrayan nuestros guías de la exposición de la Real Academia, existieron, además de los krausistas, otras tendencias distintas en el cultivo de la Sociología en España. Quizá la más destacada y reconocida ha sido la del pensamiento católico, cuya presencia en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas será importante. Justamente, cuando ingresa Manuel Sales y Ferré como Académico, quien le recibe es el Secretario de la Corporación, Sanz y Escartín, un militante destacado en esta aproximación católica hacia los estudios sociológicos. A esta misma corriente responden otros nombres: Severino Aznar, que ocupará precisamente la cátedra desempeñada por Sales y Ferré a la muerte de éste; una posición destacada con esta misma orientación es la que manifiesta el discurso de Cánovas del Castillo en su ingreso a la Real Academia. En el mismo sentido discurre el segundo Marqués de Pidal, cuyo discurso de ingreso en esta Real Academia, leído en 1887, versó sobre *El método de observación en las ciencias sociales*, trayendo a la deliberación de los Académicos la importante obra de Le Play en Francia.

Esa dualidad de enfoques de los estudios sociológicos en España cabe incluso ampliarla con la existencia de otras alternativas con menor presencia que las citadas (historicismo y neokantianos). Como muestra de esta literatura, que prueba la plural aproximación de los estudios sociológicos españoles, la exposición de la Real Academia que hoy se inaugura ofrece una valiosa colección de las obras de Sociología de autores extranjeros y españoles de la época que resulta interesante conocer o, al menos, curiosear.

Manuel Sales y Ferré se aproxima a este mundo intelectual, en el que tendrá oportunidad de conocer tardíamente las tendencias del pensamiento sociológico extranjero y las corrientes seguidas por su investigación en España. Porque, de momento, lo que intentará emprender son sus estudios universitarios de licenciatura. Un acontecimiento que tendrá lugar cuando llegue a Madrid, matriculándose en la Facultad de Filosofía y Letras en 1867. Concluida la licenciatura, se doctorará con una tesis sobre *Concepto y plan de la geografía histórica*. Su formación y estudios de postgrado en Madrid los realizará en el mundo del krausismo bajo la dirección de Nicolás Salmerón y Fernando de Castro. Discípulo fervoroso del krausismo –afirman Núñez Encabo y Rodríguez Ibáñez– trabaja como profesor auxiliar de Metafísica e Historia, las dos materias de las que partieron los opositores a la cátedra de Sociología de la Universidad Central a la que nos hemos referido. Su primer ensayo, *Prehistoria y origen de la civilización*, lo dedicará a sus maestros krausistas: Sanz del Río, Fernando de Castro y Salmerón.

Este ferviente krausista ganará su primera cátedra en Sevilla en 1884, precisamente la de Geografía Histórica, que había constituido el argumento de su tesis doctoral. La etapa de Sevilla de Sales y Ferré será larga (veinticinco años) y fructífera (en ella se publican sus obras fundamentales).

Sales y Ferré, en su etapa sevillana, se incorpora a la vida cultural de la ciudad y procura elevar su nivel creando la Biblioteca de Ciencia y Literatura y el Ateneo de Sevilla, del que sería su primer Presidente. A ellas se añade la fundación de la Sociedad de Excursiones de Sevilla, reflejo de los afanes educadores de la Institución Libre de Enseñanza.

Es en esa etapa sevillana en la que Núñez Encabo y Rodríguez Ibáñez fechan su viraje metodológico desde el krausismo al positivismo. Un viraje atribuido a sus investigaciones y lecturas, a su talante de intelectual independiente y a la influencia de algunos sevillanos como el abuelo y el padre de los Machado, partidarios –al parecer– del enfoque positivista. Su nieto e hijo, el poeta Antonio Machado, consideraría su maestro a Sales y Ferré.

Fue en el discurso de inauguración del Ateneo sevillano en 1877 cuando Sales y Ferré manifestará con claridad ese viraje del krausismo al positivismo: «La ciencia, antes originada y fundada en los conceptos de la razón revelados a la conciencia, se acomoda hoy al proceso de la inteligencia misma, que se desarrolla de lo concreto a lo abstracto tomando por base la experiencia y construyéndose a la vista de la realidad concreta de la que se eleva por grados a las leyes y a los principios. Por virtud de la ley de evolución, la filosofía camina hoy unida a la ciencia acabando la secular lucha entre el idealismo y el materialismo, la ciencia a priori cede la primacía a la ciencia a posteriori, el método constructivo reemplaza al deductivo y da lugar, por consiguiente, a nuevos métodos de investigación».

Durante su etapa sevillana, Sales explicará, como catedrático, la asignatura de Geografía Histórica que había ganado en 1874, asignatura que desaparecía de la Licenciatura de Filosofía y Letras en 1880, en la que pasó a explicar Historia Universal. Por fin, en 1883, a propuesta del claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, se encargará de la nueva cátedra de «Reseña histórica de las principales transformaciones políticas y sociales de los pueblos europeos». El itinerario de su docencia parecería diseñado como si los cambios en el área de sus explicaciones de cátedra le fueran llevando hacia el campo de la Sociología, que sería su destino final.

El viraje sevillano de Sales y Ferré, al pasar del krausismo al positivismo, constituiría un cambio importante y, sobre todo, un abandono espectacular

del método que seguía el krausismo, y al que había respondido su obra hasta entonces.

Su viraje hacia el positivismo levantó unas críticas radicales de los krausistas. Críticas que se manifestaron en múltiples direcciones, que van desde la calificación despreciativa hacia sus obras y su personalidad científica hasta el silencio como respuesta a sus publicaciones. Así los krausistas se referirían a Manuel Sales y Ferré con el calificativo de considerarle «simple discípulo independiente de Sanz del Río» o —como le calificó Rafael Altamira— «un neófito en el cultivo de la Sociología», cuando Sales y Ferré contaba a sus 47 años con una obra importante, un neófito que había equivocado el camino al pasarse al positivismo para orientar la investigación sociológica. Una crítica a la que Adolfo Posada añadirá también la equivocación de confundir Sociología y Filosofía de la Historia. Como destaca Núñez Encabo en la monografía cuya reedición se presenta en este acto, ese desprecio del silencio o la crítica aguda a la obra de Sales y Ferré ha contribuido a que su personalidad y sus trabajos sociológicos no hayan sido objeto de un conocimiento general y de un cultivo ulterior.

La crítica del krausismo a Sales y Ferré debió motivar también la ausencia de una escuela que trabajara con el apoyo de su magisterio. Sales y Ferré no contó con discípulos fieles que continuasen sus investigaciones. El único que puede citarse es Domingo Barnés que no va a terminar explicando Sociología en la Universidad española. Sin embargo, Domingo Barnés, va a realizar una obra en favor de su maestro que constituye el mejor testimonio de la fertilidad de su enfoque de la Sociología. Se trata de los «Apuntes» de sus clases, que serían recogidos y preparados para su edición por Barnés y que respetaban —según su testimonio— escrupulosamente el contenido y el orden de las explicaciones orales de Sales y Ferré en su cátedra de Sociología de la Universidad Central. Una obra que se editará póstumamente con el título de *Sociología General*.

Son sorprendentes los juicios favorables que esa obra ha merecido de los sociólogos españoles en la actualidad, a partir de la breve referencia a su obra continuada de la historia de la Sociología española realizada por el profesor Gómez Arboleya en 1956. Esa llamada de atención ha llevado a la lectura y evaluación de la *Sociología General* por una serie de destacados sociólogos españoles. Salvador Giner afirmará que esa obra de Sales y Ferré puede compararse con las mejores obras europeas de su tiempo. Para Francisco L. Laporta se trata del mejor libro de Sociología hecho cerca de la escuela krausista. Núñez Encabo afirmará que corona con aportaciones decisivas sus innovaciones del pensamiento sociológico español.

El propósito de Sales y Ferré en su *Sociología General* era emancipar la Sociología del organicismo positivista y de la filosofía krausista proponiendo una teoría del hecho social. La Sociología es una ciencia distinta de la Psicología y de la Historia, con un método científico propio: la *observación* y la *generalización*, es decir, se trata de un método predominantemente inductivo. La *observación*, para servir al análisis sociológico, debe cumplir con un conjunto de exigentes condiciones: debe ser *objetiva* (sin interferencias de prejuicios, creencias, afectos o intereses); debe ser *completa* (no limitarse a aspectos de los hechos que llevarán siempre a resultados falsos); debe ser *profunda* (abordar hasta el pormenor de lo que se pueda conocer exactamente); cuando sólo se refiere a aspectos cuantitativos se llama *estadística* (que, pese a sus «errores», es imprescindible para el conocimiento de la sociedad). A esa necesaria *observación* debe añadirse la *generalización* con la que se trata de agrupar en síntesis los aspectos idénticos y repetidos de los hechos, para extraer conceptos y definiciones que siempre pueden, a su vez, ser modificados por variaciones en los hechos sociales que las han producido. Por último, la culminación de la Sociología como ciencia estriba en el descubrimiento de las causas que producen los hechos sociales y sus leyes.

De esta manera, Sales y Ferré cree haber contribuido a crear una Sociología con métodos realmente científicos cuyo objeto sería el hecho social suficientemente diferenciado. Una vez expuesto objeto y método de la Sociología, la *Sociología General* desarrolla los temas de que consta.

Ese enfoque del objeto y método de la Sociología no sólo es original y moderno, sino que supuso —como subraya Francisco Laporta— una emancipación del krausismo.

En Sales y Ferré aparecería, también, la distinción entre Sociología general y aplicada, una distinción que expondrá con toda claridad Adolfo Posada, destacando su importancia. Es esa distinción la que lleva a Sales y Ferré a la realización de sus estudios de los problemas sociales que se editaron conjuntamente en su obra *Problemas sociales* (1910). Su lectura en nuestro tiempo está dificultada por su prosa de la época, pero, pasando por encima de ella, existen ensayos de gran interés como el del pauperismo y la caridad, un trabajo presentado y discutido en la Real Academia en los años 1909 y 1910, y que atrajo el interés y la discusión de todos los miembros que la integraban.

La radical crítica krausista a las obras de Sales y Ferré quizá constituyó una de las causas de que el autor no desarrollase plenamente el contenido al que respondían sus «Apuntes» de las clases de Sociología en la cátedra cuyo centenario

celebramos y, por tanto, hemos de contentarnos con conocer hoy a Sales y Ferré con una obra póstuma, versión de sus lecciones de cátedra que se contienen en su *Sociología General* que, con todas sus limitaciones, prueban la existencia de un sociólogo que vale la pena conocer para contar la historia del pensamiento sociológico en nuestro país.

* * *

La historia de la vida y obra de Sales y Ferré deja tras de sí un misterio: el de la institucionalización permanente en la Universidad española de su cátedra de Sociología y la continuación en ella de su cultivo, respondiendo al objeto y métodos de la Sociología que él había defendido. Es evidente que esto no sucedió. Sales y Ferré muere en 1910, cuando contaba con 69 años, y su cátedra no se cubre hasta seis años después (1916). El nuevo catedrático sería Severino Aznar, cuya orientación en cuanto a los estudios de Sociología se encontraba en una posición radicalmente contraria a la de Sales y Ferré. Un grupo éste —el de los católicos— que consideraba el positivismo de Sales y Ferré desde una oposición tan intensa, al menos, como la interpretada por el krausismo.

¿Qué causas motivaron ese retraso en la convocatoria de la oposición a la cátedra ocupada por Sales y Ferré? ¿Por qué ese tardío reconocimiento a la modernidad y originalidad de su concepto y método de la Sociología no apareció en aquel entonces? ¿Por qué y cómo se eligió para sucederle a alguien que suponía la negación de la fecundidad de la aproximación al objeto y método de la Sociología por él definidas? Estas son, por ahora, preguntas sin respuesta que, en todo caso, han condicionado la evolución del pensamiento sociológico en España. Es de esperar que estas respuestas las traigan los trabajos y análisis realizados con motivo del centenario de la cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central que desempeñaría, desde 1899, Manuel Sales y Ferré.

* * *

Desearía concluir este largo discurso sobre el tiempo y la obra de Sales y Ferré con un párrafo de obligados agradecimientos.

La Real Academia quisiera agradecer, ante todo y en primer lugar, a la Infanta Cristina su aceptación de la Presidencia del Comité de Honor de la celebración de este centenario de la primera cátedra de la Sociología en la Universidad española.

En segundo lugar, es obligado mencionar al Ayuntamiento de Uldecona –patria chica de Sales y Ferré, tan querida por él–, un Ayuntamiento, cuyos vecinos han reconocido y querido permanentemente a su persona y a su obra, tanto en los tiempos fáciles de hoy como en los difíciles de antaño, cuando su figura fue discutida y maltratada políticamente, contando con la valiente defensa del pueblo de Uldecona. Al Ateneo de Sevilla –creación de Sales y Ferré– hemos de agradecerle el préstamo de los objetos y documentos llenos de interés que figuran en la exposición y, finalmente, pero en manera alguna en último lugar, es obligado consignar la colaboración que la Real Academia ha tenido con la Universidad Complutense en la celebración de este centenario, agradecimiento que testimoniamos a su Rector, quien nos acompaña en este acto.

Quisiera extender mi agradecimiento, también, al público que ha aceptado nuestra invitación por comparecer y entregarnos su preciado tiempo y atención en este acto. Y no quisiera cometer la injusticia de olvidar el entusiasmo con el cual el Secretario de la Corporación, Salustiano del Campo, ha venido instando a la Academia para que este acto se celebrara, instancia y tesón que han llevado a que la organización del mismo fuese posible, y que no se marchase este centenario olvidando un hecho importante, como este de la incorporación de la Sociología a la Universidad española hace cien años, y al catedrático que desempeñó sus enseñanzas, Manuel Sales y Ferré.

Muchas gracias.

